

DESECHO E IDENTIDAD: ETNOARQUEOLOGÍA DE LA BASURA EN GALICIA

Por **Alfredo GONZÁLEZ RUIBAL**

Departamento de Prehistoria.

Universidad Complutense de Madrid

Abstract: The ethnoarchaeology of discard has been traditionally engaged in the discovery of patterns or laws useful to explain the transformation of systemic contexts into archaeological ones, without paying much attention to contextual and symbolical issues, such as the construction of identity. The author address here a complex case study in NW Iberia, where a traditional peasant society, transformed by Modernity, negotiates its past trough the manipulation of abandoned material culture. The importance of behaviors regarding material culture use and abandonment and the cultural meaning of discard are argued.

Keywords: Material culture, formation processes of the archaeological record, Modernity, Post-procesual theory.

INTRODUCCIÓN

Desde los años 70 en Estados Unidos la llamada *behavioral archaeology*, arqueología del comportamiento, ha prestado un especial interés al análisis de los desechos humanos como medio de comprender mejor las diversas culturas, empezando por la nuestra propia (GOULD Y SCHIFFER, 1980; SCHIFFER Y LAMOTTA, 2001). Esto implicaba un concepto de cultura material más holístico que el utilizado hasta entonces, y que sin embargo ya venía siendo practicado por algunos arqueólogos históricos, como Deetz (1977). La arqueología post-procesual inglesa por las mismas fechas también comenzaba a valorar el papel de la basura como elemento significativo en cualquier sociedad (HODDER, 1982a, b y c). Entre los resultados más sobresalientes en esta línea hay que destacar sido el análisis

arqueológico de los desechos de la Edad del Hierro británica (HILL 1995). No obstante, la principal reflexión sobre la basura se ha realizado a través de los estudios etnoarqueológicos, sobre todo con culturas preindustriales, aunque no exclusivamente (SCHIFFER, 1987).

A partir del año 1997 comenzamos un estudio etnoarqueológico en una zona del interior de Galicia, Terra de Montes, a caballo entre las provincias de Ourense y Pontevedra, donde se viene produciendo, desde fines de los años 70, un marcado depoblamiento de las aldeas tradicionales (González Ruibal 1998). Lo que empezó siendo un estudio particular en la línea de la «etnoarqueología de los abandonos» (cf. CAMERON Y TOMKA, 1993) acabó resultando una aproximación global, mediante los restos materiales, al fin de una cultura premoderna (GONZÁLEZ RUIBAL, 1999) a través del método arqueológico. Trazamos, así, un panorama etnoarqueológico en buena medida homologable a toda Galicia, cuyo eje vertebrador resultó ser la emigración (GONZÁLEZ RUIBAL, e.p.), es decir, ese proceso histórico que puso en contacto a los habitantes del Noroeste Peninsular con diversas culturas capitalistas e industriales, con la consiguiente crisis de su cultura tradicional preindustrial. La emigración masiva, como es bien conocido, comenzó en los años 80 del siglo XIX y continuó, en diversas oleadas hacia Europa, España o América, hasta los años 60 del siglo XX (SÁNCHEZ ALONSO, 1995; NÚÑEZ, 1998).

Dos elementos materiales se nos han mostrado claves en la comprensión de este fenómeno de cambio cultural: por un lado el uso del espacio (con la casa como pieza clave) y por otro la gestión de la cultura material en desuso, es decir, la *basura*. El uso y concepción del desecho, pese a semejar algo trivial y desprovisto de interés, resulta de la mayor importancia desde un punto de vista cultural (HODDER, 1987), como forma de mostrar una identidad concreta, como reflejo y productor de una cosmovisión y como forma de manipular la historia vivida. Desde un punto de vista etnoarqueológico, el análisis de la basura como elemento cultural nos puede hacer reflexionar sobre el objeto de la arqueología y nuestra forma de acercarnos a los restos del pasado; nos debe hacer pensar cómo los objetos han sido concebidos y usados (vividos), teniendo en cuenta que sus historias de vida han rematado, siempre, en *muerte* (es decir, abandono) y que ésta no se halla nunca desprovista de significado (GONZÁLEZ RUIBAL, 1998: 189).

LA ZONA DE ESTUDIO

Terra de Montes es una comarca situada principalmente en los municipios pontevedreses de Cerdedo y Forcarei y en el ourensano de Beariz. Ocupa unos 250 km² en los que, como su nombre indica, predomina el paisaje de media montaña. Debido a la pobreza de sus suelos y a la inclemencia del clima, unidos a una siempre problemática demografía, a fines del siglo XIX comienza un éxodo que no rematará hasta los años 70 del siglo XX, década en que se produce el

regreso a Galicia (no ya necesariamente a Terra de Montes) de parte de los emigrados.

Para nuestro estudio etnoarqueológico visitamos más de un centenar de pueblos y varios centenares de casas. De éstas, 14 fueron documentadas con especial atención y siguiendo un método arqueológico, que incluía la planimetría de las estructuras, el cartografiado del mobiliario y su catalogación y el dibujo, fotografiado y tratamiento estadístico de los restos (González Ruibal 1999). Las casas se identificaron con la aldea de procedencia y un número si había más de una estructura analizada en el lugar (p. ej. Soutelo-2). Aquellas estructuras que no han sido objeto de un estudio tan detallado pero que resulta necesario mencionar, figuran con el nombre de la aldea más la identificación como *locus n^o...*, p. ej.: Cerdeira locus-1 (fig. 1).

EL ESTUDIO DE LOS DESECHOS EN ETNOARQUEOLOGÍA

Existen dos aproximaciones al desecho desde un punto de vista etnoarqueológico. Por un lado encontramos una actitud normativista y generalizadora, propia de los practicantes de la arqueología procesual (p. ej. BINFORD, 1977; MURRAY, 1980; SCHIFFER, 1987; TOMKA, 1993; KENT, 1993b, etc.). Una segunda forma, que ha generado un menor número de trabajos, es la que se interesa por la interpretación de la basura como hecho cultural: se analiza el concepto de lo abandonado, si se trata propiamente de desecho —si se concibe así por parte de la gente que lo produce— o se hace necesaria la aplicación de otras categorías, y se observa como un producto cultural en el que interviene la idea de sociedad (HODDER, 1982a, 1982b, 1987; MOORE, 1982, 1988; DEETZ, 1996, etc.).

Independientemente de su relación con el abandono o no, la línea más positivista (**procesual**) se ha dedicado al estudio de leyes y fenómenos predecibles, como el *efecto Mckellar*, el *trash-magnet*, el *efecto Schlep*, la forma en que en cualquier cultura se arrojan cosas mientras se trabaja o se come, se pierden artefactos, se rompen o van a parar a un vertedero (véase BINFORD, 1977; WILK Y SCHIFFER, 1979; DEAL, 1985; SCHIFFER, 1987; etc.).

Los puntos de partida, y en buena medida las conclusiones, de este tipo de análisis pueden parecer, en ocasiones, verdades «de sentido común, banales y de naturaleza trivial» (JOHNSON, 1999: 50): «la gente que planea permanecer en un campamento durante un corto período de tiempo tendrá un inventario de artefactos menor que los que anticipan una larga ocupación; y los grupos que planean una ocupación corta también invertirán menos esfuerzo en la construcción del sitio y llevan a cabo menos actividades de mantenimiento del campamento que aquellos que anticipan una larga ocupación» (KENT 1993a: 55). También TOMKA (1993) concluye que los objetos de los campamentos abandonados definitivamente suelen estar más rotos y ser de poco valor. GRAHAM (1993) por

su parte observa que en aquellos asentamientos a los que no se piensa regresar los objetos que se dejan suelen no encontrarse en el lugar del contexto sistémico, al contrario de aquellos sitios donde se anticipa el retorno. Se trata, como diría BOURDIEU (1997: 15) de un «modo de pensamiento sustancialista que es el del sentido común —y del racismo— y que conduce a tratar las actividades o las preferencias propias de determinados individuos o determinados grupos de una sociedad determinada en un momento determinado como propiedades sustanciales». Aunque no se pueda acusar de racismo a los autores citados, sí es verdad que entienden los procesos observados como algo sustancial e inamovible, como «una especie de esencia biológica», en palabras de Bourdieu, y que sus teorías se acercan a esas «perogrulladas en plural» a las que se refiere VEYNE (1972: 205) al hablar de las leyes históricas. El problema empieza en seleccionar cuestiones que nosotros, desde una perspectiva industrial, capitalista y occidental, consideramos importantes (y que pueden no serlo en absoluto para los pueblos estudiados). El aporte principal de estas investigaciones radica en que nos hace reflexionar sobre cuestiones que quedan «inteorizadas» —por su aparente o real obviedad— en el registro arqueológico. La mayor parte de las veces un arqueólogo manejará los conceptos expuestos sin reflexionar sobre ello (otras veces no lo hará y perderá parte de la información del registro).

Existen, sin embargo, trabajos más complejos dentro de la primera tendencia: de esta forma, un partidario de las teorías de alcance medio insiste en que la basura es «culturalmente específica» y como tal debe de ser contemplada (SUTRO, 1991: 13). Las propias investigaciones de Schiffer (1987), SCHIFFER Y WILK (1983) y WILSON, RATHJE Y HUGHES (1991), entre otros muchos, analizan de forma más detallada la relación entre desechos y comportamiento y Schiffer (1987: 67) escribe que cada poblado tiene una estructura general de corrientes de desecho que es en cierto modo *única* (ver también HAYDEN Y CANNON, 1983).

Dentro de la segunda tendencia, la **post-procesual**, encontramos igualmente dos aproximaciones: en un extremo, radicalmente antinomotético, se sitúan trabajos que se limitan a enumerar excepciones, en el uso del desecho o en cualquier otro aspecto (por ejemplo, SHANKS Y TILLEY, 1987). Si los primeros estudios nos hacían percatarnos de lo obvio, los segundos nos alertan sobre el riesgo de la obviedad indiscriminada. Nuestro trabajo se inserta en una postura más moderada dentro de la segunda tendencia, bien representada en el trabajo de MOORE (1982), que realiza un análisis contextual y hermenéutico del desecho y la parte de DEETZ (1996) dedicada a este tema. MOORE (1982: 74 y 75), HODDER (1982b: 61) y JOHNSON (1999: 50) han criticado las *leyes de la basura* (recogidas en SCHIFFER 1987). La necesidad de un enfoque no normativo en nuestro caso nos resultó clara por la complejidad de los fenómenos culturales en que se enmarcaba la cuestión. A veces, sólo forzando las cosas podemos encajar el desecho estudiado en los tipos propuestos.

ACTITUDES RESPECTO A LA CULTURA MATERIAL

Para entender qué tipo de desechos genera una sociedad y cómo los concibe, resulta imprescindible saber qué actitud mantiene, en general, esa sociedad hacia la cultura material con la que vive (qué valor se otorga a los objetos, la existencia de vínculos afectivos, de marcadores mnemónicos o identitarios). De la relación con los objetos depende, en buena medida, la formación del registro arqueológico, a la vez que resulta sumamente informativa del carácter de la sociedad que los usa.

Podríamos sintetizar estas actitudes en tres, para el caso que nosotros estudiamos: *conservativa*, *no-conservativa* y *conservadora*. Por lo general, suele aceptarse la dualidad expuesta por BINFORD (1977) de *actitud conservativa* y *oportunista*. Hemos decidido no utilizar el término *oportunista*, traducción de *expedient* (véase FERNÁNDEZ MARTÍNEZ 1994: 142), porque se trata de un concepto acuñado en y para contextos de tecnología paleolítica o equivalente y que difícilmente encaja aquí. A cambio introducimos el concepto *no-conservativo*, que es deliberadamente ambiguo, como ambigua es la relación con los objetos que describe.

La *actitud conservativa* (*conservative behavior*) es propia de lo que denominamos Antiguo Régimen, es decir del mundo rural y premoderno: nada se tira, todo se guarda; cristal, cerámica o hierro pueden tener un uso futuro. Nunca se sabe que se va a necesitar y, además, existe un vínculo afectivo hacia los objetos, que en parte ha realizado uno mismo.

La *actitud no-conservativa* es la del mundo moderno: el mobiliario se deja caer con las casas. No se acelera el proceso, pero tampoco se frena. Existe un desprecio, por parte de los antiguos campesinos, o de los emigrantes regresados, hacia la cultura material de su pasado reciente, que les recuerda su existencia atrasada y pobre.

La *actitud conservadora* se observa en el Antiguo Régimen como en el mundo Capitalista y especialmente, en el Posmoderno. Implica un vínculo simbólico de la persona al objeto, que supera los factores estrictamente económicos, predominantes en la actitud conservativa.

Respecto a la **actitud conservativa** contamos con un ejemplo especialmente significativo: el locus 1 de A Graña. Se trata de todo un catálogo de actividades conservativas del Antiguo Régimen: hierro, madera, vidrio y metal se encuentran por doquier en la estructura, pero principalmente encajadas en los muros (fig. 2). La costumbre de encajar objetos metálicos en las paredes para su posterior reutilización es una costumbre que se advierte en Sanguñedo-1 también: entre las piedras aparecieron dos rejas de arado y es, probablemente un hábito común a toda Galicia. En muchas casas se pueden observar una especie de *lacenás* (es decir huecos cúbicos acondicionados entre las piedras) en el exterior donde se guardan toda clase de hierros. El inventario de elementos encajados en las paredes de A Graña locus 1 es muy significativo: hierros de carro, hoces,

remaches, bisagras de ventanas y puertas y botellas, que se cuentan también entre los objetos habituales en las demás casas estudiadas, junto a tablas de madera para combustible, provenientes de alguna casa desmantelada, una laja procedente de un cierre de finca, etc. Las lajas de esquisto que forman las cubiertas de las casas son también objeto de reaprovechamiento por parte de los vecinos (en Doade, fig. 7, el bajo del edificio analizado guardaba docenas de lajas de una techumbre). El cuero tampoco se tira (el gran número de *zocos* localizados en las viviendas así lo atestiguan): de aquí se pueden obtener bisagras para puertas de corrales o incluso de habitaciones domésticas.

La conservación y posterior reutilización de *items* metálicos revisten una importancia considerable dentro de las actividades conservativas. Los porcentajes de metal y hierro que apreciamos al inventariar los objetos de las estructuras abandonadas son significativamente elevados (entre el 26 y el 55% sólo el hierro, fig. 3). Llama la atención la cantidad de hierros de carro localizados, explicable por su posible reutilización como hoces o llamadores (LISTE, 1991: 326) o como refuerzos de puertas de cuadras. Los clavos también se guardan para diversos menesteres, como la construcción de herramientas (punzones: Sanguñedo-1) y otro tanto sucede con las herraduras. Con estas últimas se fabrican llamadores, colgaderos o bien símbolos apotropaicos, como cruces a la puerta de los establos o enganches para gradas que protejan al campo en labor del mal de ojo. Las rejas del arado de madera, que aparecen con profusión en las casas de Alvite (Beariz), gozan también de diversos usos (LISTE, 1991: 249). Conviene distinguir el hierro de las aleaciones: el hierro es el metal del Antiguo Régimen por antonomasia. Cuando se advierte que los metales no férricos ocupan el sitio del hierro es que nos hallamos en contextos cercanos al Capitalismo. Así se observa en A Graña-Eiravella (fig. 4a): el número de *items* metálicos es mayor en las habitaciones 1 y 2 (la primera, por el tipo de objetos y su función, culturalmente moderna y la segunda plagada de intrusiones industriales), mientras que el hierro predomina en las demás (pasillo, alacena, habitaciones 6 y 7, todas ellas de carácter agropecuario tradicional). El paralelismo con la cantidad de objetos industriales y preindustriales (fig. 4b) no ofrece dudas.

La reutilización de recipientes (botellas, cerámica, latas) es algo habitual en todos los casos etnoarqueológicos estudiados. Baer (1991: 11) advierte el reuso de latas y recipientes diversos como macetas, mientras que los sacos de harina también se conservan tras su utilización original. La autora llama la atención sobre el error en que se puede caer si se interpreta la deposición final de estos objetos como consumo alimenticio (también Rothschild et al. 1993). Generalmente, cualquier análisis espacial de una vivienda abandonada muestra un elevado número de recipientes vacíos guardados para posteriores usos. Nuestro gráfico de la serie «alimentos» (fig. 5) refleja el considerable porcentaje del total que representan los contenedores, en la mayor parte desligados ya del contexto alimenticio y relacionados con actividades conservativas. El cristal tiene un valor especialmente elevado en zonas que, como Terra de Montes, carecen de alfares.

No resulta así difícil de entender el porqué se conservan dos jarras deterioradas en la alacena de A Graña. Sintomáticamente, aparecen junto a botellas y latas. Los recipientes de madera y metal sustituyen a los de cerámica hasta el siglo XVIII en la mayor parte de Galicia (lo que sucede en los Estados Unidos también, DEETZ 1996: 79-80) y la tradición de la vajilla de madera torneada no se abandona hasta avanzado este siglo. La cerámica (incluida la porcelana) aparece infrarrepresentada en relación al vidrio: Soutelo-1 1%, Vilapouca 4%, Sanguñedo-1 5%, Sanguñedo-2 2%, Alvite-1 2%, Alvite-2 2%, A Graña Eiravella 7% y Correa 1%; mientras que el vidrio aparece representado en un 15% en Soutelo-1, 13% en Vilapouca, 16% en Sanguñedo-1, 30% en Sanguñedo-2, 2% en Alvite-1, 18% en Alvite-2, 11% en A Graña, 7% en Correa y 10% en Adrián. El cristal es seis veces más abundante que la cerámica.

Las latas son un tipo de contenedor extremadamente abundante en nuestro registro. Como las botellas y otros contenedores es el elemento más habitual de los abandonos permanentes (véase STEVENSON, 1982 y JOYCE Y JOHANESSEN, 1993). Son casi siempre de aceite, con la sal, una de las pocas mercancías alimenticias adquiridas por el campesino fuera de su comarca (SAAVEDRA, 1994). Como todo producto ajeno a la zona, los contenedores de aceite tenían una longeva existencia. Sus posibilidades de reaprovechamiento eran aún mayores que las de los otros dos recipientes. El flexible metal de las latas multiplica las posibilidades de uso: cierres de fincas, techos de alpendres, balcones de los corredores, chapas para los yugos, refuerzos para las *uchas*, candiles.

Cómo se comprenderá, con una actitud semejante, el desecho, concebido como tal, que se puede generar resulta muy reducido. *Apenas nada se considera basura*. Ni siquiera los restos orgánicos, que sirven de alimento a los animales o de estiércol.

La actitud conservativa no es meramente funcional. No se trata, exclusivamente, de conservar las cosas por si resultan necesarias en otro momento. Existe un factor simbólico muy importante: que es la concepción del tiempo y del trabajo. Más que en un progreso unilineal e indefinido, los habitantes de Terra de Montes creen en un devenir zigzagueante: pueden volver los tiempos del arado y el yugo. No conviene, por ello, deshacerse de los aperos tradicionales. Así se explica que encontremos alpendres o establos, pertenecientes a viviendas habitadas, donde se acumulan multitud de aperos agrícolas. En el fondo, se trata de una actitud más simbólica que funcional: los instrumentos suelen agonizar en las leñeras o en pajares abandonados. Resulta difícil desembarazarse de los objetos con que se ha trabajado, a los que uno se halla ligado por el sudor y el esfuerzo. Muchas veces son producto de las manos propias, en los que ha invertido un esfuerzo y en los que ha puesto la personal visión del mundo: la concepción del trabajo bien hecho, una percepción estética, una noción de uso concreto (LISTE, 1991). A través de los instrumentos la persona se individualiza a la vez que muestra su adhesión a

los valores del grupo y a la tradición (DOBRES, 2000). Deshacerse de una hoz, así, no es tan fácil como hacerlo, en nuestra sociedad, de un contenedor de plástico.

La **actitud no-conservativa** decíamos que era propia del Capitalismo. Ésta puede mostrarse despreciativa hacia los objetos del período anterior, pero puede revelar también mera desidia o desentendimiento. Un habitante de cualquier otra ciudad gallega, descendiente de labriegos o él mismo campesino en su infancia, o un emigrante regresado, siente la tecnología tradicional como algo ajeno y sin sentido o bien como algo negativo que hay que borrar de la memoria. El individuo capitalista habla un lenguaje diferente al del campesino premoderno, no entiende —ni quiere entender— el mensaje tradicional.

Esta actitud deriva, como decimos, de un rechazo o alejamiento de las pautas premodernas (de forma más o menos consciente), pero también de un cambio en el ser de la cultura material. Los objetos ya no son algo único y personalizado, sino series masivas de elementos idénticos. No es fácil vincularse afectivamente a este tipo de producción estandarizada e impersonal. Por otro lado, la Modernidad implica la Razón, el Orden y el Progreso: es razonable deshacerse de objetos sin uso; no es posible mantener un piso como una casa campesina, donde el mobiliario se acumula hasta límites insospechados esperando un a veces más que improbable reuso; el progreso, por último, hace que la tasa de reemplazamiento de la cultura material sea altísima y, además, se vea como algo deseable (cambiar de automóvil o de ordenador) y no como algo temible y de resultados dudosos. La sociedad moderna (y posmoderna) genera, en contraposición al mundo preindustrial, enormes cantidades de desecho.

Utilizamos el término **actitud conservadora**, por último, para diferenciarla de la actitud conservativa definida por Binford (1977). La actitud conservativa tendría un carácter más funcional y económico o al menos su práctica se atribuiría a razones funcionales y económicas, como hemos visto. En la actitud conservadora priman, o son únicas, las intenciones simbólicas. En el fondo se trata de una función diferente (religiosa, apotropaica, mágica, mnemotécnica, estética, etc.).

Akin (1996: 103) señala que no hay una división estricta entre un elemento «en uso» y otro que es coleccionado (objeto de una actitud conservadora). Un ejemplo de la autora resulta elocuente: se trata del coleccionista de libros. Según la definición de Schiffer (1987: 32), este individuo no leería los libros antiguos que adquiere, lo cual, normalmente, es falso. La actitud conservadora se puede observar de distintos modos en todas las sociedades, desde las de tecnología más simple a las más complejas: los campesinos del Antiguo Régimen que conservan instrumentos fuera de uso demuestran en cierto modo esta actitud, aunque ellos, con frecuencia, la camuflen bajo pretextos funcionales (pueden volver malos tiempos). Pero la actitud puramente conservadora es la de las sociedades modernas y posmodernas.

La relación actual de los emigrantes regresados con los objetos que no acaban de destruir ni de conservar resulta en esencia semejante a la del coleccionista: es lo que AKIN (1996.: 110) denomina el «coleccionismo para el control o el sentido

de completitud». A través de la metáfora del instrumento poseído, el individuo controla el pasado. El arado abandonado delante de una casa gallega expresa el control que uno ejerce sobre la Historia (metonímicamente, LAKOFF Y JOHNSON, 1995), sobre su propia existencia y devenir. Es encontrarse ubicados, entenderse-en-el-mundo. Sí para un alemán del siglo XIX la posesión de esculturas griegas en sus museos le hacía entroncarse con un mito de razón, pureza y orden originado milenios atrás y que justificaba la superioridad de su civilización (MORRIS, 2000), para un antiguo campesino gallego que ha construido su triunfo vital contra su pasado premoderno, la manipulación de los objetos de ese pasado justifican y refuerzan su posición presente. Esa manipulación del recuerdo es doble. Por un lado, el mantener la antigua cultura material en las propias manos —en cierto modo, conservarla—, es decir, no enajenar la casa tradicional y su contenido, es una forma de domesticar el pasado* y utilizarlo para los fines propios, algo que no tienen nada de funcional (económico) y sí mucho de simbólico. El pasado, así, se reduce a basura y ruinas (en contraste con la desahogada situación actual). Otra actitud es la selección de determinados elementos del pasado y su reincorporación, descontextualizada, a la construcción material del presente: por ejemplo, miniaturas de hórreos o *cruceiros* u otros elementos característicos del folklore gallego.

Esta actitud, que es la propiamente conservadora, claramente *kitsch* (BINKLEY, 2000), es propia de la posmodernidad y de los ambientes urbanos. Se trata de un post-industrial «coleccionismo para conectar con el pasado» (AKIN, 1996: 112): el habitante de la ciudad, alejado de la vida del campo, empieza a concebir ese pasado reciente como un lugar hermoso, que transmite seguridad ontológica en su sencillez y sus ideales de armonía y comunidad (BINKLEY, 2000). La conservación (ahora sí, *auténtica* conservación) de elementos del pasado reciente responde a ese deseo de entroncar con el pasado y encontrar el lugar propio, temporalmente hablando, en un mundo complejo e históricamente materializado.

CÓMO ESTUDIAR LA BASURA

Una vez que hemos pasado revista a las actitudes que favorecen —o impiden— el abandono de la cultura material (la formación de basura, en suma), pasaremos ahora a analizar el desecho en sí. El estudio de la cultura material depositada no es algo sencillo, existen múltiples factores que distorsionan las posibilidades de interpretación cultural. BINFORD (1981) sugirió que son precisamente los factores de distorsión los que deberían constituir el objeto de la investigación etnoarqueológica.

Un primer paso necesario es comprobar si la deposición de objetos responde, según la terminología de Schiffer (1976), a un *C-transform*, una transformación cultural (HODDER, 1982b: 47). En el registro arqueológico es raro que los *N-transforms*, las transformaciones naturales, se hallen ausentes. Una vez que

hemos distinguido la procedencia natural o cultural del depósito, así como el tipo de desecho (que ahora veremos), nos queda por saber si se trata de un sólo episodio o varios (CRIBB, 1983: 5). En algunos casos con que nos hemos enfrentado, nos encontramos con grandes dificultades para deslindar cada período de deposición. Varios autores han insistido en el carácter de palimpsesto de la mayor parte de los registros (HODDER, 1982b: 56; LAWRENCE, 1993: 91). En otros sitios el problema no es identificar los momentos, pues no tenemos ninguna duda de que es el producto de un solo episodio. La cuestión es saber *qué pasó* antes de que la última deposición borrara (casi) toda huella de usos anteriores (TOMKA Y STEVENSON, 1993: 194). Esto es un problema habitual para los arqueólogos que tratan estructuras con larga vida, no siempre bien reflejada en el depósito (pensemos en muchos castros de la Edad del Hierro en Galicia, donde el último período de vida ha borrado las huellas de los anteriores).

SCHIFFER (1972, 1976, 1987) propuso una sistematización del desecho útil y flexible. Distinguió cuatro tipos: *primario*, *secundario*, *primario residual* y *de facto*. Primario es el equivalente de *in situ*, los objetos que quedan en su lugar de uso; el secundario es el producto de una actividad de limpieza generalmente (un basurero), los objetos que escapan (por su tamaño) a la limpieza constituyen el desecho primario residual y por último, el *de facto* lo componen todos aquellos objetos todavía utilizables que han sido dejados tras el abandono (SCHIFFER 1972: 160; 1987: 89). Comúnmente, éste último tipo se ha entendido como el producto de un abandono súbito y catastrófico (STEVENSON, 1982; DEAL, 1985; FERNÁNDEZ MARTÍNEZ, 1994: 143). El problema de esta tipología es que no tiene en cuenta los significados sociales de la cultura material abandonada. Se trata de unas categorías impuestas desde el exterior, que clasifican pero no comprenden.

DESECHO PRIMARIO Y SECUNDARIO

El **desecho primario** se ha considerado que sólo se encuentra en las sociedades de tecnología simple (CRIBB, 1983: 6), lo cual desmiente nuestro caso. Se trata del producto de actividades artesanas (como carpintería) o agropecuarias (como la trilla del maíz), tras las cuales no se han producido tareas de limpieza. Sería el equivalente campesino de la talla del sílex y el descarnado de animales por parte de cazadores-recolectores, con sus áreas *drop* y *toss* (BINFORD, 1992). La presencia de este tipo de desechos, dentro de viviendas (como Sanguñedo-1), indican que tras la última operación no se limpió ya la estancia, como es propio de los abandonos definitivos y planeados (MURRAY, 1980). Pero en algún caso, como en Alvite-2, otras actividades se llevaron a cabo sin despejar los desechos de la anterior: lo que observamos es un determinado concepto de limpieza, diferente del moderno (donde prima la idea de Orden e Higiene). Normalmente se han señalado las tareas de limpieza como uno de los

factores principales de distorsión del registro arqueológico (BINFORD, 1977; SCHIFFER, 1987) y de reconstrucción de actividades. La falta de limpieza, sin embargo, no resulta siempre una ayuda a la interpretación, pues contribuye a crear palimpsestos de actividades en los que se mezclan periodos –o momentos– de uso.

El **desecho secundario** tiene fronteras difusas con el almacenamiento de objetos para su posterior reutilización, de modo que algunos autores hablan de «desecho *de facto* almacenado», para referirse a aquellos objetos que se encuentran abandonados en posición secundaria sin que se les pueda calificar propiamente de basura. Para distinguir las actitudes estableceremos una tipología de desechos secundarios que obedece a dos parámetros: la localización (dentro o fuera de una estructura) y la mayor o menor cercanía del desecho a la actitud conservativa o a la basura (con criterios de quienes crean el depósito):

- (A): El desecho del interior de las estructuras (*intrusiones*) puede ser basura propiamente dicha (A1), esto es, elementos inservibles y desechados, o reflejo de una actitud conservativa (A2), es decir, elementos que se han guardado para un posterior uso en un local diferente al de su contexto de uso (un equipo de zapatero en un hórreo, p.ej.), pero que no se han llegado a recuperar por desinterés de su dueño o dueña (o de un heredero), que acaba considerando los materiales abandonados como material desechado.
- (B): Dentro del desecho secundario encontrado fuera de las estructuras podemos identificar tres subtipos: B1 es el desecho arrojado (basura), según costumbre tradicional, por las calles, cunetas y alrededores de las casas; B2 es el equivalente al A2, es decir, elementos que en su día se guardaron para su posterior amortización pero que no llegaron a utilizarse. Aquí encajan los corrales con desechos reutilizables (muchos de los cuales no se llegan a usar nunca) y los alrededores de las casas; B3 es el desecho arrojado (basura) en lugares fuera del asentamiento, acondicionados o no para ese uso.

El *desecho tipo A1* aparece en estructuras muy deterioradas, en estado de ruina, por lo general sin techo (abandono total). Es desecho no reutilizable (orgánico o inorgánico en elevado estado de degradación) Se trata de un fenómeno característico de lugares con una proporción elevada de edificios abandonados, como Doade (Beariz). Desde un punto de vista arqueológico, el desecho A1 informa con precisión sobre el desarrollo del asentamiento, sin necesidad de recurrir a otras fuentes: indica un abandono rápido de la parte antigua y la dislocación del núcleo habitado a un área cercana. Revela también el concepto que los habitantes de la aldea tienen del sector abandonado y lo que representa: es decir, ningún respeto especial, más bien olvido.

El *desecho tipo A2* lo compone material potencialmente reutilizable, pero redepositado en un edificio abandonado porque por su volumen (y el carácter hipotético de su reincorporación a la vida útil) lo hacen poco rentable de almacenar en áreas en uso. Aparece bien representado en A Graña-Eiravella (fig. 6), donde hay intrusiones de material de construcción, piezas de metal y hierro, madera, cristal, etc. El *desecho A2* coincide con los abandonos residenciales que hemos denominado *de primer grado* (GONZÁLEZ RUIBAL 1999), esto es estructuras medianamente bien conservadas, con una o más habitaciones utilizadas, además de las fincas que rodean la casa.

El *desecho tipo B1* encaja en lo que Schiffer denomina *backyard dumps*. Resulta difícil aquí saber qué se considera basura y qué no lo es, lo único evidente es la existencia de un desplazamiento en los materiales: nuestros casos resultan similares al analizado por Lange y Rydberg (1972: 42). Estos investigadores identificaron un lugar de deposición de basura, tras una vivienda, lleno de artefactos, con manchas de ceniza y zanjas de drenaje (algo perfectamente comparable a los corrales traseros de muchas casas gallegas). Buena parte de los desechos de la casa se arrojan en los corrales, tras el edificio. Los propios campesinos les otorgan un papel ambiguo entre la idea de desecho y la de objeto útil.

El *desecho tipo B2* es buen indicativo de la dialéctica entre cambio y tradición cultural. Tradicionalmente las casas generaban una cantidad de restos muy reducida, como vimos. Buena parte del desecho se arrojaba por los prados, caminos, alrededores de las casas y cunetas: las lluvias y la humedad lo destruían en un breve espacio de tiempo, cuando no se mezclaba con el barro y el estiércol y pasaba a formar parte de los caminos o del abono de los campos (GONZÁLEZ RUIBAL, 1998: 181). Con la llegada del Capitalismo, llegan también unas novedosas formas de consumo: se ha incrementado considerablemente el número de bienes que posee cada familia y, como es lógico, también el volumen de desechos. No ha habido siempre, sin embargo, un ajuste entre usos económicos y mentalidad como correspondería —recordemos nuevamente la velocidad con que se ha operado el cambio. Junto a desechos degradables como estiércol, paja o madera ahora plásticos, metales y materiales sintéticos de todo tipo. La pauta medieval y la industrial conviven con malos resultados.

Deetz (1996: 171 y ss.) dice que en las colonias que luego serían los Estados Unidos en el siglo XVII, la basura se deposita en torno a los edificios. Lo no comestible va siendo cubierto lentamente por la tierra y el estiércol. Hacia 1750, sin embargo, empiezan a utilizarse pozos para tirar la basura. Afirma Deetz que el cambio no puede atribuirse sólo a una transformación económica y demográfica, esto es, aumento y concentración de la población. Manifiesta, además, el cambio que se ha operado en la mentalidad. El fin de la Edad Media es, también, el fin del desorden. «Un lugar para todo, todo en su lugar» sería la frase que definiría la mentalidad del Orden y la Razón (del Capitalismo). Las similitudes con nuestro

caso, posterior en más de doscientos años, son evidentes. La diferencia en Galicia estriba en el peso del Antiguo Régimen sobre las costumbres actuales.

El *desecho tipo B3* es el más habitual del orden capitalista. Algunos espacios se han utilizado desde antiguo como vertederos, aunque en origen no obedecían a tal función (SCHIFFER 1987: 62; HODDER 1982b: 59). Las canteras abandonadas —que en su día se usaron para obtener material con que construir el pueblo— son uno de los lugares habituales donde arrojar basura, algo que se ha documentado en otros contextos prehistóricos, históricos y etnográficos (WATSON 1979: 119, AGORSAH 1985). La ventaja de este tipo de deposición es que ofrece una fecha *ante quem* para las actividades extractivas. Tanto aquí, como en desecho de tipo B2, se observa lo que se ha denominado *Trash Magnet* (WILK Y SCHIFFER 1979): la basura atrae más basura. En Quintelas (Forcarei) el lugar denominado *A Canteira* es donde va a parar el desecho de la aldea y en el caso de Soutelo sirve al mismo fin el sitio de *As Canteiriñas*.

DESECHO DE FACTO

Sólo en el tipo *de facto* cabría encontrar algo parecido a lo que se suele denominar un «inventario completo» de mobiliario (LANGE Y RYDBERG 1972; STEVANOVIC 1997). No existen tales hallazgos, si exceptuamos el caso de Pompeya (y aún aquí, en muchas casas los inquilinos tuvieron tiempo de llevarse objetos de valor o personales). Los inventarios de objetos a los que se refieren Lange y Rydberg (1972), Stevenson (1982) y Stevanovic (1997) se encuentran sesgados —pese a ser relativamente ricos— sea por saqueos, selección ritual, económica o de índole personal. En los casos que nosotros estudiamos también se advierte que faltan elementos habituales en el contexto sistémico, aunque en ocasiones hayamos encontrado contextos extraordinariamente bien preservados.

Es necesario distinguir en Galicia el desecho *de facto* en los abandonos capitalistas (años 1970-90) y en los preindustriales (años 1930-60).

Al observar los abandonos que se han producido en las últimas tres décadas (especialmente 1975 hasta hoy), llama enseguida la atención el carácter insólito de su desecho *de facto*, y lo es, principalmente, por dos motivos: el enorme volumen de elementos que sólo cabría entender bajo este concepto (de los propuestos por Schiffer) y la presencia de objetos personales, en uso y de valor.

La aparición de este tipo de objetos es algo extremadamente raro, incluso en los inventarios *de facto* (pensemos qué tipo de objetos figuran más habitualmente en las memorias de excavación). Schiffer (1972: 160) postuló que en los lugares abandonados bajo circunstancias en las cuales se ha podido planear la marcha se deberían hallar escasos artefactos y estructuras en proceso de manufactura, uso o mantenimiento, y menos aún de tipo personal, sentimental o económicamente valiosos. La mayor parte de los desechos en estos abandonos deberían ser encuadrables en la categoría de basura. Lange y Rydberg (1972: 430) señalan que

todos los objetos abandonados en la vivienda estudiada por ellos tenían «la más baja prioridad de retención» (objetos en mal estado, de escaso valor, gran tamaño, etc.). Stevenson (1982: 252) señala que el desecho *de facto* aparece en aquellos lugares donde se piensa regresar o de abandono repentino (también DEAL 1985: 269), mientras que aquellos cuyo retorno no se prevé apenas deberían generar desecho *de facto* y útiles conservados (*curated items*). No se ha documentado ningún caso etnoarqueológico de desecho permanente que incluya objetos personales. Respecto a los de valor existen contados casos y en contexto catastróficos (STEVENSON 1982). Joyce y Johannessen (1993) identificaron algunos elementos de valor, incluso personales, pero no se trataba más que de un abandono temporal, y los vecinos de los alrededores se encargaban de vigilar el mobiliario, con lo cual no resulta comparable a nuestro caso.

Realmente nuestro caso no es el que aparecería en los manuales para referirse a un desecho *de facto*. En el caso que estudiamos, una vez que fallecen los últimos habitantes de la vivienda, los herederos disponen de todo el tiempo necesario para hacer desaparecer los objetos, bien reincorporándolos a la vida útil en otro lugar (reutilización, venta, regalo, donación, actitud conservadora, etc.), bien incorporándolos al desecho secundario (basurero). Sin embargo nada de eso tiene lugar. Los objetos quedan *in situ*. Lo que se ha producido es una ruptura con el Antiguo Régimen, que tiene su manifestación visible en el comportamiento no-conservativo hacia los elementos que representan el orden tradicional. Quizá sí se podría entender el como desecho *de facto*, si entendemos el cambio cultural como una catástrofe. En cualquier caso, no se encuentra entre los cataclismos considerados habitualmente (guerras, incendios, pestes). Lo que sucede es que la tipología de los desechos se ha ideado teniendo en cuenta factores meramente económicos o externos). No se ha tenido en cuenta la posibilidad de que los factores cognitivos pudiera conformar un tipo de desecho u otro. Existe, sin embargo, una deuda simbólica con el orden previo de tipo negativo. La poderosa idea de vivienda (y cuanto a ella se circunscribe, esto es, la mayor parte de la cultura material), que caracteriza a cualquier cultura preindustrial (Kus 1997, González Ruibal 2001), explica en algunos casos que no se haga por conservar pero tampoco por destruir deliberadamente.

Como decimos, hemos podido localizar en Terra de Montes multitud de **objetos personales** como fotografías, cartas y documentos manuscritos, en edificios abandonados tras el retorno de los emigrantes a Galicia (1970-). En Vilapouca, Adrián, Sanguñedo-2 y Xisto se encontraban en la cocina; en Limeres y A Graña-Eiravella estaban en dormitorios y salón. Objetos de índole personal pero menos íntimos son los objetos religiosos (medallas, estampas, reclinatorios, devocionarios, documentos religiosos), libros y documentos no manuscritos (facturas, folletos, cupones de racionamiento de la posguerra). El hecho de que se abandonen objetos religiosos, en ocasiones personalizados, es sintomático, también, del cambio cultural y de cierta situación de crisis en la mentalidad. En una sociedad estructurada, como la de los indígenas mexicanos de la zona de Oaxaca (Joyce

y Johannessen 1993) no es concebible el abandono de elementos sagrados: un altar descubierto por los arqueólogos fue rápidamente retirado por los dueños tras la visita de los investigadores.

La distribución de los objetos personales encaja perfectamente en el mapa de la mentalidad. No existen este tipo de elementos en la zona de Beariz (Correa, Doade y Alvite-1 y 2). En esta zona los abandonos se deben en tres de los casos a emigración, es decir entre 1930 y 1960 (Correa y Alvite-1 y 2), que genera un desecho *de facto* que prevé el regreso (se dejan muebles, aperos de trabajo, etc., pero no elementos de valor o personales). En el caso de Doade y Soutelo-2 no existen elementos personales porque el uso como vivienda de ambos edificios desapareció en un momento temprano (años 30 uno, años 50 otro) y después se reutilizaron como estructuras agrícolas secundarias. Los objetos personales de los demás lugares se entienden por el cambio de mentalidad al nuevo régimen capitalista en Sanguñedo-2, Xisto, Limeres y A Graña-Eiravella pues se trata de abandonos recientes (1970 en adelante). Otro aspecto de sumo interés resulta la ubicación de los objetos personales: en A Graña-Eiravella, Sanguñedo-2 y Limeres, donde se advierte ya el cambio de mentalidad capitalista (en la estructura de la casa, el mobiliario y elementos de cultura material), aparecen en zonas privadas (dormitorios) y nuevos espacios de socialización (salón). En Vilapouca, Adrián y Sanguñedo-1 (donde la presencia premoderna es más fuerte, dada la escasez de elementos industriales) los hallamos en la cocina, el espacio de socialización por antonomasia del Antiguo Régimen. En Xisto, abandono también tardío, aparecen tanto en la cocina como en los dormitorios.

Identificamos otro tipo de desecho *de facto*, en el que entra el caso de Sanguñedo-1 y quizá Vilapouca: el de los **objetos no personales** típico del abandono de la emigración sin retorno (1930-60). Es propio –pero no exclusivo– del abandono planeado con vuelta anticipada: los emigrantes que abandonan paulatinamente el hogar (primero el padre, después el hijo mayor, más tarde la madre y el resto de los hijos) con la idea de regresar, pero que, por diversas circunstancias, acaban establecidos en Ultramar sin posibilidades (o interés) en volver. Frente al abandono anterior, cabe esperar un mayor grado de organización, actividades de almacenamiento y limpieza (como en Correa, también de este tipo) y la falta de elementos personales y de valor.

Buenos ejemplos pueden del carácter (a veces sorprendente) del abandono *de facto* de objetos no personales son el establo de Doade (fig. 7) o la *lareira* de Vilapouca (fig. 8). Todos o la mayor parte de los objetos citados se abandonaron aproximadamente *in situ* en un estado de conservación que va de regular (muy usado pero aún utilizable) a óptimo (casi sin usar), mientras que la media de los objetos presenta un buen estado (utilizable).

El registro que observamos se debe, como venimos diciendo, al paso de una sociedad preindustrial, ahorradora, conservadora, anticonsumista, que guarda hasta lo más inútil, a otra que desprecia objetos que pueden tener valor y además se encuentra poco apegada sentimentalmente al pasado (que han sufrido en sus

propias carnes). El mobiliario, como las casas, es el símbolo de un estado peor, más pobre y más dependiente. Lo que observamos es un choque de culturas, el Antiguo Régimen contra el Capitalismo. El desecho *de facto* es el fruto de una Modernidad súbita y pasivamente sufrida que comporta una relación contradictoria con los vestigios materiales de otra época (GONZÁLEZ RUIBAL, 1998). El arrojar el arado de madera a la leña se está simbolizando el rechazo y el final de una época. La construcción de la historia de vida de los antiguos campesinos, nuevos modernos, pasa por la destrucción o desprecio de su pasado, por la definición de toda la cultura material previa como desecho.

INTERPRETACIONES CULTURALES

La deposición de las basuras tiene el interés de darnos a conocer tanto la conceptualización de los sitios donde se arroja como las zonas de tránsito habituales. El área tapizada de desecho en torno a un asentamiento sirve de hito liminal de la presencia humana, la frontera entre *saltus* y *domus*. Dejar desecho es una especie de toma de posesión de un territorio (una actitud, por lo demás, muy semejante a la de los animales), es decir, una domesticación del espacio. En este sentido escribe Rapoport (1976: 488-489) que el acto de tomar posesión es equivalente a humanizar el espacio: «el espacio humano puede ser construido o no construido y hay un continuum entre estos dos extremos a muchos niveles». Los sitios donde se acumula la basura son a la vez parte del asentamiento y un lugar aparte, no transitado más que de forma ocasional. Cuando la basura se acumula en una estructura o sus alrededores, ésta pasa a dejar de formar parte del asentamiento vivo.

Una diferencia sustancial entre los desechos de cualquier tipo (*de facto*, primario y secundario) que figuran en la literatura etnoarqueológica referente a abandonos permanentes (especialmente LANGE Y RYDBERG 1972; STEVENSON 1982; ROTHSCHILD *ET AL.* 1993 y JOYCE Y JOHANNESSEN 1993) y la nuestra radica en que los distintos autores conciben el desecho —salvo excepciones— como tal, esto es, como algo deteriorado, inservible, inútil o menos útil que otros *items* que no aparecen en el registro. En nuestro caso los objetos que hoy encontramos abandonados son concebidos de una forma en un momento histórico (Antiguo Régimen) y de otra en otro (Capitalismo). Como se encarga de subrayar la corriente post-procesual (HODDER, 1994: 80 y ss.), no existe una sola visión de las cosas y, a veces, distintas visiones colisionan: lo que un individuo premoderno almacenó siguiendo una actitud conservativa, es considerado, desde una óptica industrial, un simple basurero. Cuando un arqueólogo denomina al mismo depósito «desecho *de facto* almacenado» no valora su significado cultural, tanto respecto al individuo premoderno como respecto al moderno (o «modernizado»).

Nuestro caso, lejos de pretender ser paradigmático (aunque tampoco un mero *spoiler approach*, YELLEN, 1977: 8-10), apunta a la idea de que en situaciones críticas las respuestas son mucho más variadas que en circunstancias habituales y, por ello, más difíciles de encajar en modelos predictivos. Por tanto, no debería olvidarse que numerosos asentamientos a lo largo de la Historia, que han generado desecho *de facto*, se han deshabitado no necesariamente de forma brusca o repentina y sí en un proceso de reconstrucción identitaria. A la hora de tratar el registro mueble (el desecho) de yacimientos situados en tales momentos, deberíamos más bien buscar una respuesta contextual que una predictiva. Es decir, una respuesta que indague en la percepción de la cultura material y en su manipulación cómo forma de negociar una identidad social.

Los objetos muebles cotidianos, como un arado o un instrumento de zapatero, pueden ser marcadores mnemónicos, de la misma forma que se ha señalado para las casas (KUS, 1997, GONZÁLEZ RUIBAL, 2001), incluso cuando esos objetos son considerados *desecho*. Existe, sin embargo, una triple discriminación por parte de los arqueólogos cuando se habla del valor simbólico (mnemónico, identitario e histórico) de los objetos: supremacía de lo inmueble sobre lo mueble, primacía de lo usado sobre lo que se encuentra fuera de uso y primacía de lo duradero sobre lo efímero.

La *primacía de lo inmueble* hace que los pequeños objetos se consideren de importancia secundaria en la concepción de la historia: se estudian los monumentos como fuentes de memoria para generaciones futuras (HOLTORF 1997) pero apenas se considera el valor mnemónico de la cerámica. Los objetos menores, incluso los abandonados, pueden jugar un papel importante en la construcción de la identidad: el descubrimiento de las armas de bronce de los guerreros micénicos tuvo un papel importante en la conformación de la cosmología de la Grecia. El papel del mobiliario en los relatos épicos posee gran relevancia y su carácter de marcador mnemónico es indiscutible. Existe por otro lado, confirmación arqueológica del uso simbólico de artefactos micénicos por parte de sus descendientes lejanos (Morris 2000). En otra época y lugar, a través de los elementos encontrados en los túmulos prehistóricos en los cuales se enterraban, las elites anglosajonas de inicios del Medioevo se vinculaban mágica y míticamente con el pasado (WILLIAMS 1998: 96-97), esto es reescribían la historia en su beneficio a través del uso ritual de ciertos objetos antiguos.

Se observa, en segundo lugar, una *discriminación del artefacto utilizado sobre el que se encuentra en (aparente) abandono*: poca gente consideraría que un yugo abandonado a la puerta de un establo esté en uso. Y su papel simbólico, al señalar una concepción, metafóricamente expresada, del pasado reciente, no es menor que cuando estaba en uso. El ejemplo más claro de esta discriminación se da en la vivienda: se considera que un edificio habitado es un contenedor de símbolos y cosmologías, pero ¿qué sucede cuando se abandona? Los símbolos (como demuestra HORNE 1994 para un caso iraní) siguen en activo.

Por último, nos referimos a la *discriminación de lo efímero frente a lo duradero*. Los objetos muebles son, salvo excepciones, elementos menos permanentes que los inmuebles, ingresan pronto en la categoría de desecho. La vida de una vasija de cocina, por muchas claves mnemónicas e identitarias que manifieste, no supera los veinte años de vida, mientras que el edificio menos significativo de una cultura puede persistir durante décadas a la vista, en estado de ruina. Lo mueble, no obstante, como demuestran los fenómenos de reciclaje y conservación simbólica de objetos utilitarios, puede ser menos transitorio de lo que se piensa.

Recordemos, para concluir, las palabras de R. RORTY (1991: 56): «Desde el sonido de una palabra hasta el contacto con una piel, pasando por el color de las hojas, todo puede servir para dramatizar o para cristalizar el sentimiento que un ser humano tiene de su propia identidad».

DISCUSIÓN: ARQUEOLOGÍA, DESECHO Y SOCIEDAD

Es un lugar común decir que la arqueología trata de la basura, de los restos desechados de una cultura. Con esto se quiere subrayar, por un lado, la humildad de los datos que manejamos, por otro, el peligro de realizar inferencias a través de un pasado tan parcialmente conservado. El problema es que la afirmación no pasa de mera *boutade*, que deja de lado el enorme valor cultural que el desecho juega en la construcción de la identidad y en nuestra forma de ser-en-el-mundo.

En el caso que nosotros estudiamos, cuando *toda* la cultura material de un período previo se considera simple y llanamente basura, lo que se está haciendo es construir una narrativa determinada sobre el pasado de esa sociedad. Los antiguos campesinos premodernos, como los emigrantes regresados, que consideran todo lo pasado desecho, están manifestando una actitud bien diferente a la de los posmodernos habitantes de las ciudades actuales para los cuales todo lo pasado, incluso lo pasado ayer, es digno de veneración y se usa activamente en la construcción del presente.

Pensemos por ejemplo en la proliferación, en los Estados Unidos, pero también en Europa, de iconos y elementos materiales de los años 50. En Gran Bretaña tiene un gran éxito la empresa *Past Times*, que realiza réplicas de objetos de todas las épocas, pero especialmente de los tiempos más recientes (desde la época Victoriana a la Segunda Guerra Mundial). Esta actitud permite construir unas identidades enraizadas en el pasado entendido como un lugar seguro y digno. Es un intento de restaurar, a través de una historia edulcorada, una seguridad ontológica (Giddens 1991, Binkley 2000) que la Posmodernidad pone en crisis, desde la tecnología que utilizamos hasta las ciudades donde vivimos (Jameson 1991). El individuo posmoderno presenta, así, una *actitud conservadora*, tal y como se ha definido.

Al contrario que el ciudadano posmoderno, el antiguo campesino reconvertido en individuo moderno, no ve en el pasado, y en sus producciones materiales, más

que un lugar oscuro e indigno, un mal recuerdo de lo que un día fue para su desgracia. Utilizando el lenguaje de Heidegger (1983) podemos decir que sólo con el nuevo lenguaje de la Industria y el Progreso, se muestra el pasado rural y premoderno como «fondo oscuro» del que se quiere inevitablemente huir. Pero esa huida puede requerir unos puntos de referencia: igual que en Europa se conservan ruinas de edificios destruidos en la Segunda Guerra Mundial, como hitos que marcan el «fondo oscuro» del que procedemos y al que tememos regresar, el nuevo moderno necesita de la cultura material preindustrial, reducida a escombros y desecho, para justificar su nuevo ser-en-el-mundo, el cambio ontológico que ha sufrido. Esta es la *actitud no-conservativa* que hemos definido.

El campesino tradicional mantiene, en cambio, una *actitud conservativa* hacia la cultura material. En ésta se mezclan los factores simbólicos y funcionales (y no sólo los segundos como se ha señalado en ocasiones). Los campesinos raramente se desprenderán de una herramienta, por deteriorada que se encuentre. Y esto se debe tanto a las circunstancias de vivir en una sociedad de bien limitado, en la cual una hoz o una cerámica no se reproducen con la facilidad que lo hacen en una sociedad industrial, como por el hecho de que el campesino o campesina se encuentra estrechamente ligado a las producciones materiales con las que vive inextricablemente unido. Este vínculo simbólico se explica por que uno hace sus propias herramientas y las hace a su medida, sabe el esfuerzo que invierte, y cada herramienta, al contrario que en los seriados objetos industriales, es única (Liste 1991).

Los conceptos del desecho que utiliza la arqueología del comportamiento y que han sido asimilados por muchos investigadores, aunque útiles, no logran asir el significado cultural que se oculta en la cultura material abandonada. Son un punto de vista externo, arqueológico, incapaz de comprender el contenido fenomenológico de lo abandonado. Detrás de la mera constatación de un hecho arqueológico —la formación de los depósitos— se encuentra un hecho cultural total, como es el cambio de percepción de los objetos, de la sociedad y de uno mismo.

BIBLIOGRAFÍA

- AGORSAH, E. K. (1985): «Archaeological implications of traditional house construction among the Nchumuru of Northern Ghana». *Current Anthropology*, 26: 193-215.
- AKIN, A. (1996): «Passionate possession: The formation of private collections». En Kingery (ed.): 102-128.
- BAER, R. D. (1991): «Cultural factors affecting household refuse». *The Ethno-archaeology of refuse disposal* (E. Staski y L. D. Sutro, eds.). University of California Press, Berkeley: 5-12.
- BINFORD, L. S. (1977): «Forty-seven trips: A case study in the character of some formation processes of the archaeological record». *Stone Tools as cultural markers* (R. V. S. Wright, ed.). Australian Institute of Aborigin Studies, Canberra: 24-36
- (1981): «Behavioural archaeology and the 'Pompeii premise'». *Journal of Anthropological Research*, 37: 195-208.
- (1992): *En busca del pasado*. Crítica/Arqueología, Barcelona.
- BINKLEY, S. (2000): «Kitsch as a Repetitive System. A Problem for the Theory of Taste Hierarchy». *Journal of Material Cultural* 5(2): 131-152.
- BOURDIEU, P. (1997): *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*. Anagrama, Barcelona.
- CAMERON, C. M. Y TOMKA, S. A. (1993): *Abandonment of settlements and regions: archaeological and ethnoarchaeological approaches*. Cambridge University Press, Cambridge.
- CRIBB, R. (1983): «On-site ethnoarchaeology». *Archaeological Review from Cambridge*, 2 (2): 4-16.
- DEAL, M. (1985): «Household pottery disposal in the Maya Highlands: an ethnoarchaeological interpretation». *Journal of Anthropological Archaeology*, 4: 243-291.
- DEETZ, J. (1977): *In Small Things Forgotten..* Anchor, Nueva York.
- (1996): *In Small Things Forgotten. An Archaeology of Early American Life* Anchor, Nueva York.
- DOBRES, M. A. (2000): *Social Agency and Archaeology*. Blackwell, Oxford.
- FERNÁNDEZ MARTÍNEZ, V. M. (1994): «Etnoarqueología: una guía de métodos y aplicaciones». *Revista de dialectología y tradiciones populares*, 49: 137-139.
- GIDDENS, A. (1991): *Modernity and Self Identity*. Stanford University Press.
- GONZÁLEZ RUIBAL, A. (1998): «Etnoarqueología de los abandonos en Galicia. El papel de la cultura material en una sociedad agraria en crisis». *Complutum*, 9: 167-192.
- (1999): *Una arqueología de la emigración: Terra de Montes (Galicia)*. Memoria de Licenciatura inédita. Departamento de Prehistoria. Universidad Complutense de Madrid.
- (2001): «Etnoarqueología de la vivienda en África Subsahariana. Aspectos simbólicos y sociales». *Arqueoweb* 3(2). Depto. de Prehistoria, UCM / Madrid. <http://www.ucm.es/info/arqueoweb>.
- (e.p.): «(Etno)arqueología da emigración na Galiza: do Antigo Réxime ao Capitalismo através da cultura material». *Brigantium* 12.
- GOULD, R. Y SCHIFFER, M.B. (1980): *The Archaeology of Us*.

- GRAHAM, M. (1993): «Settlement organization and residential variability among the Rarámuri». En Cameron y Tomka 1993: 25-42.
- HAYDEN, B. Y CANNON, A. (1983): «Where the garbage goes: refuse disposal in the Maya Highlands». *Journal of Anthropological Archaeology*, 2: 117-163.
- HEIDEGGER, M. (1983): *Interpretaciones sobre la Poesía de Hölderlin*. Ariel, Barcelona. (Ed. orig. 1951).
- HILL, J.D. (1995): *Ritual and Rubbish in the Iron Age from Wessex*. B.A.R. 242. Oxford.
- HODDER, I. (1982a): *Symbols in action*. Cambridge University Press, Cambridge.
- (1982b): *The Present Past*. Batsford, Londres.
- (1982c): *Symbolic and Structural Archaeology*. Cambridge University Press.
- (1987): «The meaning of discard: ash and domestic space in Baringo, Kenya». En *Method and Theory for Activity Area Research: an Ethnoarchaeological Approach* (S. Kent, ed.): 424-448.
- HODDER, I. (1994): *Interpretación en Arqueología. Tendencias actuales*. Crítica, Barcelona. 2ªed.
- HOLTORF, C. (1997): «Megaliths, monuments and memory». *Archaeological Review from Cambridge*, 14(2): 45-66.
- HORNE, L. (1994): *Village spaces. Settlement and society in Northeastern Iran*. Smithsonian Institution Press, Washington y Londres.
- JAMESON, F. (1991): *El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado*. Paidós, Barcelona.
- JOHNSON, M. (1999): *Archaeological Theory. An Introduction*. Blackwell, Oxford.
- JOYCE, A.A. Y JOHANESSEN, S. (1993): «Abandonment and the production of archaeological variability at domestic sites». En Cameron y Tomka: 138-164.
- KENT, S. (1993a): «Models of abandonment and material frequencies». En Cameron y Tomka: 54-73.
- , ED. (1993b): *Domestic architecture and the use of space*, Cambridge University Press, Cambridge.
- KUS, S. (1997): «Archaeologist as Anthropologist: much ado about something after all». *Journal of Archaeological Method and Theory*, 4 (3/4): 199-213.
- LAKOFF, G. Y JOHNSON, M. (1995): *Metáforas de la vida cotidiana*. Cátedra, Madrid.
- LANGE, F. W. Y RYDBERG CH. R. (1972): «Abandonment and post-abandonment behavior at a rural central american house-site». *American Antiquity*, 37 (3): 419-432.
- LAWRENCE, R. J. (1990): «Public and private space: a study of urban housing in Switzerland». *Domestic architecture and the use of space*, (S. Kent, ed.). Cambridge University Press, Cambridge: 73-91.
- LISTE FERNÁNDEZ, A. (1991): *Funcionalidad y estética en el Museo Etnográfico Liste*, Servicio de Publicaciones de la Diputación de Pontevedra, Pontevedra.
- MOORE, H. (1982): «The interpretation of Spatial Patterning in Settlement Residues. Symbolic and Structural Archaeology» (I. Hodder, ed.). Cambridge University Press, Cambridge: 74-79.
- (1988): *Feminism and Anthropology*. Polity Press, Oxford.
- MORRIS, I. (2000): *Archaeology as Cultural History*. Blackwell, Oxford.
- MURRAY, P. (1980): «Discard location: the ethnographic data». *American Antiquity*, 45 (3): 490-499.

- NÚÑEZ SEIXAS, X. M. (1998): *Emigrantes, caciques e indianos*. Edicións Xerais, Vigo.
- RAPOPORT, A., ED. (1976): *Human aspects of urban form: towards a man-environment approach to urban form and design*. Pergamon, Oxford.
- RORTY, R. (1991): *Contingencia, ironía y solidaridad*. Paidós, Barcelona.
- ROTHSCHILD, N. A., MILLS, B. J., FERGUSON, T. J. Y DUBLIN, S. (1993): «Abandonment at Zuni farming villages. Abandonment of settlements and regions: archaeological and ethnoarchaeological approaches». (C. M. Cameron y S. A. Tomka, eds.). Cambridge University Press, Cambridge: 123-137.
- SAAVEDRA, P. (1994): *La vida cotidiana en la Galicia del Antiguo Régimen*. Crítica, Barcelona.
- SÁNCHEZ ALONSO, B. (1995): *Las causas de la emigración española, 1880-1930*. Alianza, Madrid.
- SCHIFFER, M. B. (1972): «Archaeological context and systemic context». *American Antiquity*, 37: 156-165.
- (1976): *Behavioral Archaeology*. Academic Press, Nueva York.
- (1987): *Formation Processes of the Archaeological Record*. University of New Mexico Press, Albuquerque.
- SCHIFFER, M. B. Y LAMOTTA, V. (2001): «Behavioral Archaeology». En *Archaeological Theory Today* (I. Hodder, ed.): 14-64.
- SHANKS, M. Y TILLEY, C. (1982): «Ideology, Symbolic Power and Ritual Communication: a Reinterpretation of Neolithic Mortuary Practices». *Symbolic and Structural Archaeology* (I. Hodder, ed.) Cambridge University Press, Cambridge: 129-154.
- SHANKS, M. Y TILLEY, CH. (1987): *Re-constructing Archaeology*. Cambridge University Press.
- STEVANOVIC, E. (1997): «The Age of Clay: The Social Dynamics of House Destruction». *Journal of Anthropological Archaeology*, 16: 334-395.
- STEVENSON, A. (1982): «Towards an Understanding of Site Abandonment Behavior: Evidence from Historic Mining Camps in Southwest Yukon». *Journal of Anthropological Archaeology*, 1: 237-265.
- TOMKA S. A. (1993): «Site abandonment behavior among transhumant pastoralists: the effects of delayed curation on assemblage composition». En Cameron y Tomka, eds.: 11-24.
- TOMKA, S. A. Y STEVENSON, M. G. (1993): «Understanding abandonment processes: summary and remaining concerns». En Cameron y Tomka 1993: 191-195.
- VEYNE, P. (1972): *Como se escribe la Historia. Ensayo de Epistemología*. Fragua, Madrid.
- WATSON, P. J. (1979): *Archaeological ethnography in western Iran*. Viking Fund Publications in Anthropology, 57.
- WILK, R. R. (1993): «The built environment and consumer decisions». *Domestic architecture and the use of space* (S. Kent, ed.). Cambridge University Press, Cambridge: 34-42.
- WILK, R. Y SCHIFFER, M. B. (1979): «The archaeology of vacant lots in Tucson, Arizona». *American Antiquity*, 44: 530-536.
- WILLIAMS, H. (1998): «Monuments and the past in early Anglo-saxon England». *The Past in the Past. World Archaeology*, 30(1): 90-108.

- WILSON, D. C.; RATHJE, W. L.; HUGHES, W.W. (1991): «Household discards and modern refuse: a principle of household resource use and waste». *The Ethno-archaeology of refuse disposal* (E. Staski y L. D. Sutro, eds.). University of California Press, Berkeley: 41-51.
- YELLEN, J. E. (1977): *Archaeological approaches to the present: models for reconstructing the past*. Academic Press, Nueva York.

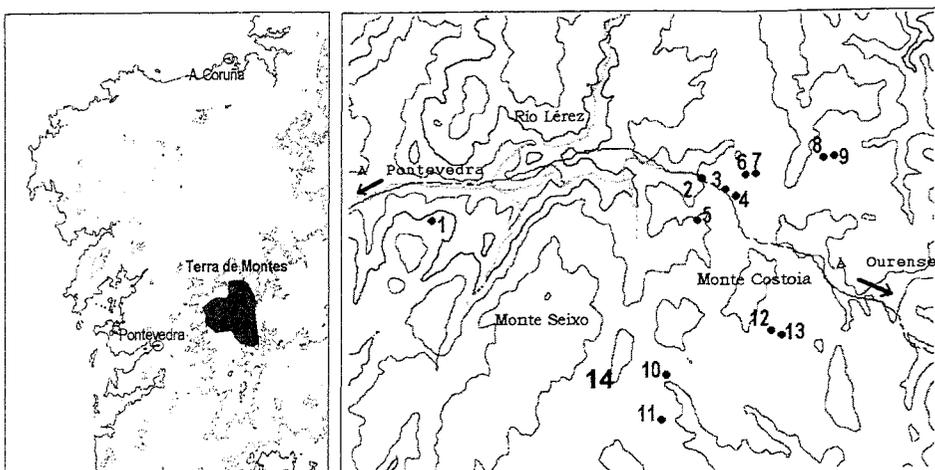
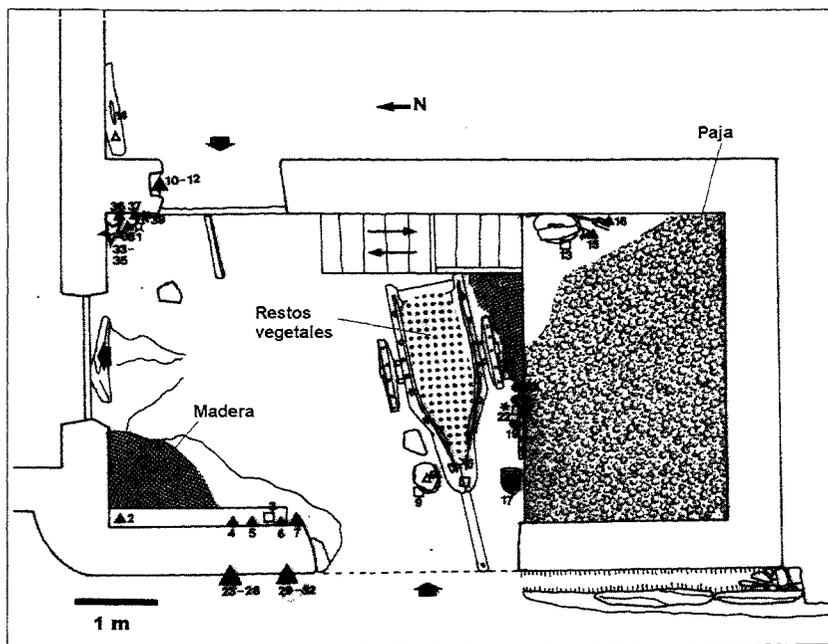


FIGURA 1: Localización de Terra de Montes en el occidente de Galicia y lugares mencionados (1: Limeres, 2: Vilapouca, 3: Soutelo-1; 4: Soutelo-2; 5: Xisto; 6: Sanguñedo-1; 7: Sanguñedo-2; 8: A Graña-Eiravella; 9: A Graña-locus 1; 10: Correa; 11: Doade; 12: Alvite-1; 13: Alvite-2; 14: Adrián).



- | | |
|---|-----------------------------------|
| ▲ Metal. | △ Piedra. |
| ▲ Acumulación de metal. | ■ Cerámica. |
| □ Madera. | ☆ Vidrio. |
| • Cestería. | ▽ Material óseo (incluye cuerno). |
| • Cuero y caucho | |
| • Tela. | |
| * Indeterminado y materiales industriales (plástico, aleaciones). | |
| Número sólo: material de construcción (generalmente dibujado). | |
| ▽ Cotas (tamaño en cm). | |

FIGURA 2: A Graña – locus 1.

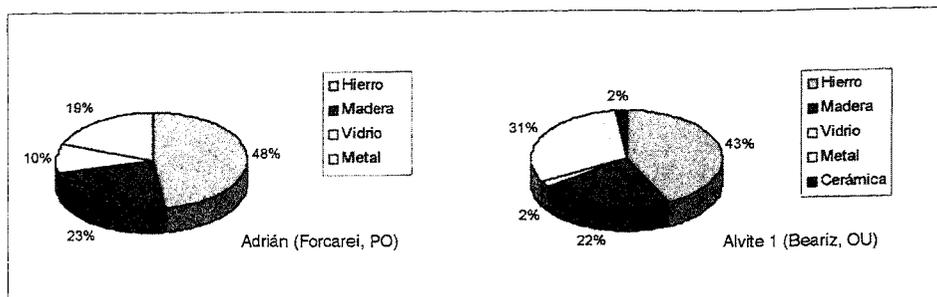


FIGURA 3: Porcentajes de objetos por materias en Alvite-1 y Adrián. Los objetos metálicos suponen un 74% de los objetos abandonados en Alvite y un 67% en Adrián. En ambos casos reflejan actividades conservativas preindustriales.

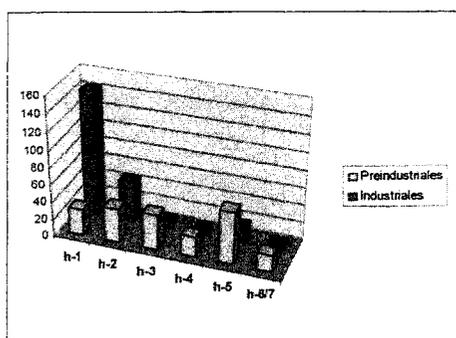


FIGURA 4a: Elementos preindustriales e industriales en A Graña-Eiravella por habitaciones (h-1 a h-7).

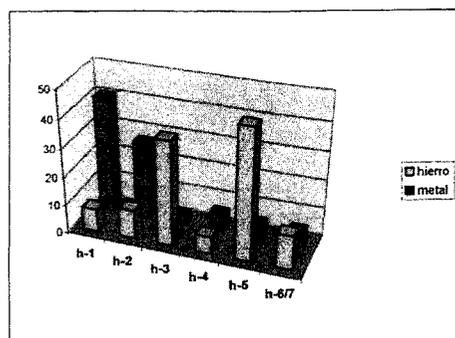


FIGURA 4b: Elementos de hierro y metal en A Graña-Eiravella por habitaciones (h-1 a h-7).

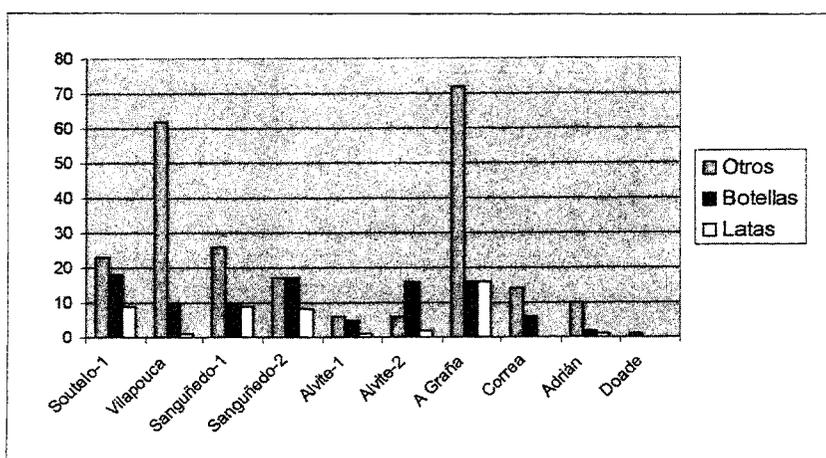


FIGURA 5: Gráfico de los objetos abandonados relacionados con la alimentación.

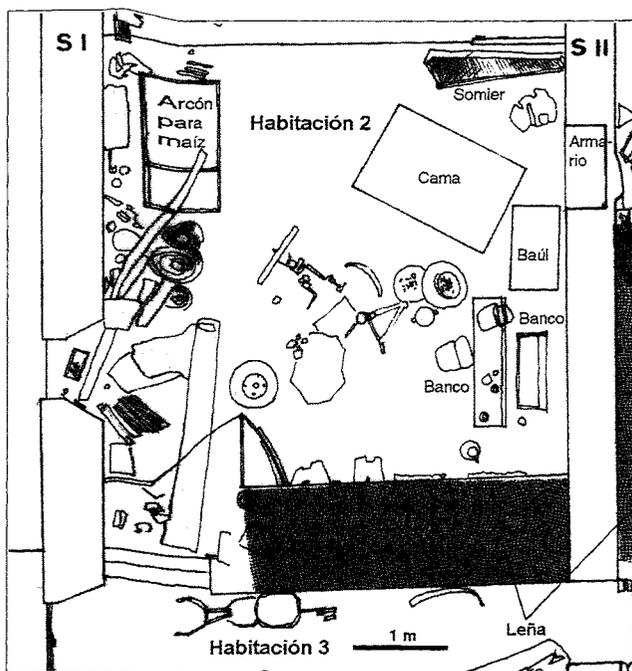


FIGURA 6: En color gris pálido, intrusiones de desecho secundario (A2) en A Graña-Eiravella.

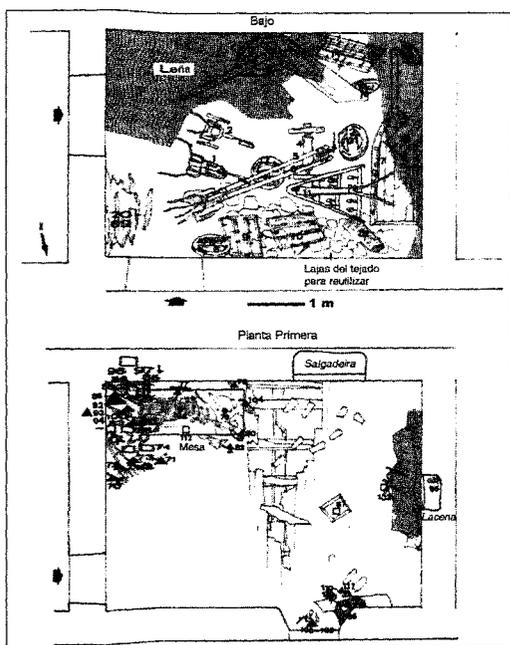
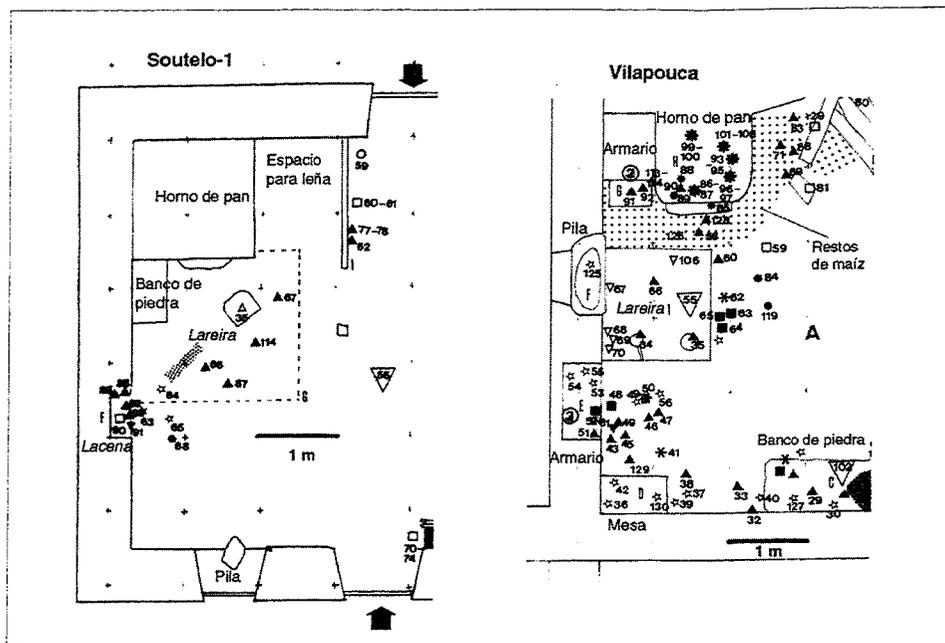


FIGURA 7: Doado. Cuadra con aperos agrícolas de gran tamaño abandonados (arados, raspadeira, grades, peladeira, sementadeira, carros) y habitación multifuncional con elementos agrícolas (azadas, rastrillos, etc.).



- ▲ Metal.
 - ▲ Acumulación de metal.
 - Madera.
 - * Cuero y caucho
 - * Cestería.
 - Tela.
 - * Indeterminado y materiales industriales (plástico, aleaciones).
 - △ Piedra.
 - Cerámica.
 - ☆ * Vidrio.
 - ▽ Material óseo (incluye cuerno).
 - ▽ Cotas (tamaño en cm).
- Número sólo: material de construcción (generalmente dibujado).

FIGURA 8: Cocinas de Vilapouca y Soutelo-1, con los cacharros *in situ* en torno a y sobre la *lareira*.